

# La religión manipulada

*Miguel Rodríguez Rabanal*

*Licenciado en Filosofía.*

*Profesor de Ética y Religión.*

**E**ste artículo surge de la reflexión personal en torno a la pregunta por la esencia de la religión, es decir, ¿cuál ha sido y es el ideal ético religioso concebido en el seno de la fe y cómo se ha ido articulando en la práctica real de la religión a lo largo de la historia? No se trata de juzgar el hecho religioso en sí mismo, sino de analizar su relación con una serie de acontecimientos pasados y presentes en los que la religión aparece, a mi modo de ver, claramente manipulada. He escogido tres cuestiones en las que la religión aparece de un modo conflictivo: la relación religión, ciencia y filosofía, la relación religión y política y la relación religión y «religiones».

La religión, a lo largo de la historia del pensamiento y de la cultura (y en especial en Europa), ha pasado por una serie de momentos cruciales en los que, casi siempre sujeta a intereses ajenos a su propia esencia, se ha convertido en una ideología más, olvidándose de su referencia a un proyecto personal y comunitario de fe, encaminado a promover un mundo más solidario y justo.

Desde los emperadores Constantino y Teodosio en los siglos IV y V, el cristianismo se convirtió en la ideología que daba cohesión al imperio. Política y religión iban unidas, lección aprendida de la religión romana, cuyo fundamento principal era el culto obligado

al divinizado emperador, signo evidente del sometimiento a las leyes de Roma de todos los pueblos conquistados por ésta.

Más tarde, en la Edad Media nos encontramos con una Iglesia inmersa en la sociedad estamental y jerarquizada, una sociedad teocéntrica estructurada a imagen y semejanza de un modelo celestial perfecto y sin fisuras y en el que la armonía entre Dios y mundo era especialmente cuidada. En este contexto, la religión aparecía salpicada de ciertas prácticas y realidades eclesiales que la desprestigiaban, confundiendo a un pueblo que no lograba comprender cómo un obispo era director espiritual y dueño territorial a la vez. La fraternidad e igualdad evangélicas, por encima de la condición particular de cada hombre, se perdían en esta sociedad de clases que legitimaba la religión oficial.

Ya en el Renacimiento se producen dos hechos trascendentales para la religión en Europa, específicamente para el cristianismo. Por un lado, su enfrentamiento con el mundo de la ciencia. Galileo demuestra que la «hipótesis de trabajo» de Copérnico sobre el heliocentrismo, publicada en 1543, es una teoría. La verdad bíblica coincidente con el geocentrismo es puesta en entredicho y la Iglesia, confundiendo verdad religiosa con verdad científica, rechaza y condena

la nueva teoría y la persona de Galileo en detrimento del mismo fenómeno religioso. Por otro lado, la Iglesia sufre un conflicto interno y un cisma a consecuencia de la reforma emprendida por Lutero, y la imagen de la religión vuelve a verse distorsionada por los intereses políticos del emperador y de los príncipes alemanes, que la convierten en arma arrojada para la consecución de sus propios fines.

El enfrentamiento entre fe y razón daría lugar, en la época ilustrada de la Revolución francesa, a la separación definitiva de dos mundos, el religioso y el científico-filosófico, que ahora, con las ideas de ciertas individualidades intelectuales como Voltaire y Diderot, traerían consigo las bases del ateísmo científico y antropológico.

Desde luego que estos conflictos no fueron originados por la religión en sí misma. La religión no es un ente abstracto con capacidad operativa; tiene sus cauces de expresión desde una clara intencionalidad humana (teología, sabiduría popular, jerarquía e institución), y aun cuando en todos estos acontecimientos la responsabilidad recae en la Iglesia y sociedad de cada época, hay que señalar que invariable y erróneamente se ha terminado por confundir el mensaje religioso con quien lo imparte. En definitiva, que la religión en

sí misma, la experiencia religiosa de la fe, ha perdido en ocasiones su identidad a manos de los que siendo creyentes hemos silenciado el espíritu religioso.

Europa, concepto que comienza y termina con dos vocales abiertas y que hoy más que nunca busca dar esa imagen de apertura en todas sus fronteras, esa misma Europa sigue siendo un sueño, el mismo que aparecía reflejado en las «utopías» de T. Moro y Erasmo de Rotterdam, una Europa reconciliada consigo misma.

Ahora, la vieja y nacionalista Europa quiere convertirse en una nación, y los grandes de Europa buscan una unidad en la diversidad nacionalista, últimamente exacerbada en el este continental. Es esta Europa de fuerte tradición cristiana la que, parapetada tras el miedo a la recesión económica, cierra sus ojos a la injusticia en los países menos desarrollados y pone «parches» temporales en aquellos conflictos que acaban siendo, en la mayoría de los casos, algo indirecto en nuestras vidas. Si nos atenemos a hechos concretos de la actualidad, como la guerra de Yugoslavia, e incluso más allá de la «europeización», como los conflictos entre judíos y palestinos superpuestos a la oficialidad del acuerdo firmado en Washington, tenemos que considerar seriamente de nuevo el trasfondo de la realidad religiosa. Por supuesto que no pretendemos igualar ambos conflictos ni pasar por alto la tradición histórica, cultural y religiosa de cada uno de ellos, ni tampoco sus condicionamientos geopolíticos, pero ¿hasta qué punto, en ambos casos, no aparece la religión como un pretexto de los respectivos gobiernos para mantener una cohesión social nacionalista, por otra parte, propia de las religiones de

fuerte tradición monoteísta? ¿Dónde se encuentra ese ideal ético-religioso de la paz y de la solidaridad, emanado de un Dios amor, cuando en Yugoslavia se realizan persecuciones religiosas y «limpiezas étnicas» y en Oriente se disputan la Jerusalén sagrada en virtud de una tradición que está basada en la bíblica conquista de la tierra prometida y en la unión político-social del mundo árabe, sueño primigenio del fundador Mahoma?

En otras ocasiones, la religión aparece ligada a factores económicos o fines lucrativos, aunque siempre de forma camuflada. Es el caso, en la actualidad, de numerosas sectas o movimientos religiosos. No entramos aquí en el análisis del término «secta», sino que por tal nos referimos a todos aquellos grupos religiosos organizados que hacen de la religión un oportunismo para, en virtud de la fe confiada, de la angustia y soledad de muchas personas, aprovecharse de sus recursos económicos o utilizarles, amparándose en la «maleable» voluntad divina que siempre responde a los deseos y exigencias abusivas del líder sectario, en «misiones salvadoras», como la de prostituirse como forma de agradar a Dios. Sabemos que este tipo de agrupaciones se dan y que tergiversan la tradición religiosa, la conciencia religiosa y anulan la personalidad de sus fieles, despojándoles de la racionalidad necesaria para discernir, siendo éste uno de los objetivos principales para quienes hacen de la religión un negocio, buscando una entronización monetaria y una divinización idólatra por parte de sus fieles.

Creemos que allí donde intentan regir principios basados en la justicia desinteresada, aún cuando no siempre se consigan, se

puede llegar a pensar en un mundo de libertad. Las religiones proponen y luchan por un mundo así y los ejemplos traídos aquí ponen en entredicho la buena voluntad de estos principios. Sobre todo para las personas no creyentes o críticas con la religión, suponen una especie de descrédito, de incoherencia entre los altos valores éticos y humanos que aparecen reflejados en las doctrinas y la realidad cotidiana. Si la religión, es decir, las comunidades religiosas quieren convencer de que tienen soluciones allí donde hay conflictos religiosos, deben dialogar y reflexionar sobre si en verdad «Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza» o en realidad ha sido el hombre quien ha hecho a Dios a su imagen. No se puede seguir invocando cuestiones históricas y culturales para justificar persecuciones e intolerancias religiosas, relegando a Dios a un segundo plano.

La práctica religiosa no es cosa de «buenos y malos», planteamiento maniqueo propio de sociedades ignorantes y éticamente destructivas. No hay que buscar culpables, sino la paz religiosa que emana valores éticos universales por encima de la propia religiosidad. Porque la religión nunca debe ser un fin en sí mismo, sino un medio para conseguir un mundo de relaciones centrado en la racionalidad crítica y en la tolerancia; como dice Hans Küng en su *Proyecto de una ética mundial* (Trotta, Madrid, 1990, p. 78), las religiones «no deben caer en la tentación de girar en torno a sí mismas para asegurar el poder de sus instituciones, constituciones y jerarquías», sino desde su fuerza moral y con un talante profético defender a la persona como un valor fundamental. **A**